



PREGON
DE LA ROMERIA DE
SAN ISIDRO LABRADOR

-o0o-

JOSE ANTONIO RODRIGUEZ GARCIA

..--+--..

*(Pronunciado en la Parroquia Mayor de Rota,
el 13 de Mayo de 1994)*

Me llegó una golondrina
a las tejas de mi rancho,
al nido que quedó solo
cuando emigró por Rosario.

Vino cruzando el Estrecho
hasta los Pozos del Galgo,
con aires de pregonera
entre las calles y el campo.

Machadiana me trinaba
sangabrielando en un charco:
"La primavera ha venido
del carro de San Isidro".

Pregón bendito de gloria
que anuncia con alegría
que tras siembras y el invierno
brotan carrozas festivas.

Y se me inquieta el caballo...
-¡vaya, qué bien lo ha entendío!-
que el trigo se empina en mayo
besando al sol y al rocío.

Se cuaja el campo de flores
por las cañadas que aún quedan,
y se asoman las calores
al gamón y a las chumberas.

Plancha el traje de volantes,
no lo dejes pa' las ferias,
que Rota huele a pinares
y se viste de romera.

María, coge el canasto
y los chuscos pa' los niños,
pimientos fritos, tortillas,
y ¡que no ze orbíe er vino!

Y temprano, a la carroza
engalaná de mi primo,
yo iré al paso de los bueyes
cantando por el camino.

Y no me valen excusas
roteño, hermano y amigo:
"Que ahora estoy mu liao,
no iré a la Romería"...
-¡Compare, que es el Domingo,
y además, sólo es un día!.

Día más grande del año,
el campo todo es promesa
que se ofrece a su Patrono
y él bendice la cosecha.

Ponte chaquetilla blanca,
faja, cañero y zahones,
y esa medalla de hermano
a caballo de ilusiones...
¡Que quiero verte en los pinos
con tu sonrisa mejor
y brindaremos con vino!...
¡¡¡Que es el día del labrador!!!



- Reverendos Padres, Director Espiritual y Delegado Episcopal,
- Respetadas autoridades,
- Apreciado Hermano Mayor y Junta de Gobierno,
- Queridos hermanos de esta Cofradía de San Isidro,
- Señoras y Señores.

De casta le viene al galgo, y no sólo mis padres, sino más allá de mis bisabuelos, todos proceden del Agro. Nunca eludí, sino que hasta me jacté de decir, allá donde me tocara, que mi familia roteña, era toda de campo, y en el campo me crié y por poco nazco en el campo.

Sin embargo, debido a mis dilatadas ausencias de este entrañable lugar, a causa de la dinámica de mi profesión, puede que algunos no me identifiquen con los niños que en los años sesenta iban al Colegio de La Capitana. A esos pocos, me enorgullece explicarles que mi padre (Pepe Rodríguez) pertenece a la familia de "Los Clérigos" y mi madre (María García) a la de "Los Cántaros".

(Con esto, y con las amables palabras de mi presentador, queda superado aquello de "tú de quién eres")

Marché muy temprano voluntario a cumplir el Servicio Militar en la Armada y tras oposición he continuado en filas como profesional.

Cambié el surco por la ola, el sombrero de paja por el "lepanto", el rancho de Pepe por el puente del barco, y navegué por pagos muy lejos del Faro de Chipiona, ése que nos guiña tras el ocaso, cuando la faena se alargó o mientras se ordeñan las vacas desde la Peña del Águila a Los Hornillos.

Añoro hoy aquellos tiempos en que gustosamente marchaba temprano al campo, a la sombra de mi padre.

Ese contacto directo con la tierra a la que se mima y se labra para conseguirle los frutos, era una inclinación natural que sentí desde muy pequeño, aprendiendo a binar con el cultivador detrás de la mula. (Aún recuerdo sus nombres: Española, Lucera, Lebrijana... como pertenecientes al rancho, a la labor y a la familia).

Para mi primera adolescencia, nuestro campo español se fue mecanizando como obligado avance del progreso y era para mí una ilusión poder ayudar en cualquier labor con el apoyo del tractor y sus aperos sacando remolacha, arando, binando o, simplemente, acarreando los sacos del algodón en el remolque.

Por entonces, todas aquellas familias camperas se fueron viniendo de sus ranchos al progreso y comodidades urbanas. Recuerdo las breves oraciones y jaculatorias que mi madre (como todas aquellas nobles mujeres campesinas) me enseñaba, ya fuera para vestirme (tras bañarme los domingos en aquel perol de cinc en el rancho) o para que me durmiese,

ya en Rota, después de que los fines de semana me los pasara por la haza Neva, o las Tamboreras dándole un poco de compañía a mi padre en la soledad inherente al campero en sus barbechos y sembrados.

La mayor parte de esos sábados, domingos, festivos y días de vacaciones (siempre muchos en el calendario escolar), me los pasaba gustosamente por mi tierra con un poco de frío o de calor, factores siempre superables para la voluntad campesina, y escardando cenizos, corrihuelas y demás yerba que pudiera entorpecer el crecimiento de las matas de la cosecha en cuestión.

Mucha zoleta, mucho cabo, algo de herraera; zoleta al hombro y al tajo, zoleta de 8 de la mañana a 6 de la tarde. La musa irónica y popular me llegó a la hora de la "oración para dormir", alterando levemente la misma:

"Con Dios me acuesto, con Dios me levanto,
con la Virgen María y el Espíritu Santo.
Cuatro esquinitas tiene mi cama,
cuatro angelitos que me la guardan.
Dos a los pies, dos a la cabecera,
y una ZOLETA en el campo que es mi compañera."

- - - - -

No es San Isidro (en la vida ordinaria, aparte del campo) un santo popular y de fácil aparición en cultos...

No obstante, yo confieso abiertamente encontrármelo en muchas encrucijadas del camino.

Comenzando por el propio nombre de Isidro, distinguido y varonil, que -sin embargo- no se les pone hoy a muchos niños, lo lucen uno de mis hermanos y dos de mis tíos carnales.

Fácil es admitir mi vinculación desde la infancia con el Santo Patrón, a través de mi familia y la medalla de la Hermandad que mi progenitor guarda con cariño y recuerdo de su mocedad.

Mis singladuras me llevaron, curiosamente, lejos del mar a la tierra que lo vio de bracero: Campos de Alcalá de Henares, Torrejón, a Torrelaguna, al Norte de la provincia de Madrid. Le visité con nostalgia en su Catedral en la calle Toledo y en su Ermita en la falda de Carabanchel, mirando al Manzanares.

Busqué por la Capital, como antes por nuestro pueblo, un paseo glorieta en su nombre, comprobando que

Este pueblo marinero,
a la par, agricultor,
no dedica con rigor

lo que merece el campero.
Se olvida historia y cimienta
y la justicia dormida
la arrastra un postrero viento.

Y es que en Madrid pasa igual:
una calle algo perdida
sin leyenda ni salida
conceden a su natal,
en lugar de una avenida
u otra vía principal.

Tanto en Madrid como en Rota
pa'l campo un chaleco viejo,
(el parche viene de lejos)
y la justicia rebota
en el sino del campero
resignado con su suerte
que él que reparte ya advierte
que él nunca será el primero.

Y en nuestro cristiano mundo
olvidan el Evangelio,
que el primero será el último
en el Reino de los Cielos.

(Mis disculpas a ambas calles
si llegué a desvariar
pidiendo honores y gloria
a quien derrochó humildad).

Y siguiendo el camino de la vida, siempre hablando
ahora al margen del campo, quién iba a decirme que un día
uniría oficialmente mi vida a la de mi compañera en la
Parroquia de San Isidro, sobre la que gira la Villa
campogibraltareña de Los Barrios.

Y luego el campo, inevitablemente siempre el campo.

Tras las virtudes y miserias de la ciudad, con sus
bancos, gestorías, talleres e industria, se sigue la
carretera y luego sólo hay viñas, trigales, girasoles...
Kilómetros y kilómetros hasta otra ciudad mayor de
concejalías y Consejerías. Allí, nuevamente, vida urbana,
movimiento de público y transportes en una carrera
desenfrenada hacia no sé qué progreso.

Y se cruza también, y en seguida aparecen
representados por sí mismos los versos de Don Antonio:

"Campo, campo, campo, /entre los olivos/
los cortijos blancos".

Y después de muchas millas entre sembrados,
barbechos, arboledas y sierras, tras La Mancha inmensa, llega

Madrid, con sus fábricas, ministerios y su cinturón industrial. Pero tampoco se acaba ahí... luego estarán Medina (¡del Campo!), Palencia (¡Tierra de Campos!), León, Asturias, Galicia...

Sin embargo, el órgano ejecutivo que marca las directrices de nuestra razón de ser agrícola y ganadera, no se encuentra cerca del picor de la paja de la trilla, de las cabezuelas de girasol que un levante cae a tierra, del algodón que unas tormentas tempranas de septiembre pudre o tira al suelo, de la falta de pastos para las vacas... El Ministerio correspondiente respira la polución de la glorieta de Carlos V, junto a la Estación de Atocha, donde la sensibilidad al frío de la mañana de enero en el cerro de Montipetro y al calor del mediodía veraniego en la haza de Pegüetano, parece que -desde un despacho climatizado- no se puede comprender igual para dirigir sus esfuerzos con la óptica campesina y no con la frialdad institucional.

Precisamente, no recuerdo que en la Villa y Corte a su Patrón oficial le nombren "Labrador". Lógico, ante una legión de funcionarios, de representantes de negocios, políticos, banqueros, conductores de "metro", urbanos todos.

No menosprecio en absoluto los trabajos y empleos del pueblo o ciudad, -tal vez más cómodos y mejor remunerados- a los que respetuosamente, llamábamos "artesanos". Puede que muchos de éstos no sufran tanto los rigores climatológicos como los que laboran en las hazas o mar abiertos; pero ya en aquellos tempranos días yo sentía que mi quehacer tendría que desarrollarse en uno de esos dos elementos naturales, tan parecidos en su esfuerzo y sacrificio como distantes en su naturaleza.

Quizás por eso, y en mi defensa del medio agrícola y rural, más de una vez algún compañero me llegaba a cuestionar, con una sentencia manoseada en otra época, sobre si yo era "desertor del arado", y le interpelaba aclarándole que mi caso había de ser más grave, pues desertor es el que escapa voluntariamente, y yo fui expulsado.

Sí, expulsado por maduros consejos, que me preveían de una difícil situación y la percepción del manejo abusivo sobre una Agricultura, olvidada entonces, que aún hoy tiene mucho camino para desarrollarse a un futuro de ilusión.

Y a esto se unió una temprana inclinación a la mar y un natural empuje juvenil para largar amarras y arribar a otros puertos.

Nuestro campo siempre ha sufrido de marginación o de encontrarse en segundo lugar. En sus dirigentes prevalecieron otras circunstancias e intereses a las necesidades generales del campo. Desde nuestra comarca a los más altos estamentos de la Nación, las razones generales de Comercio e Industria ensombrecieron y se sirvieron de las agrarias.

Sube el gas-oil, las rentas,
los jornales, la inflación
y los impuestos aumentan
rayando la sinrazón;
suben los fertilizantes
sin que haya proporción
y un grito mudo, inquietante,
se rebela en tu interior:
¡No me echen de mi campo
que quiero ser labrador!

No me asusta el aguacero,
el frío ni la calor;
si el levante seca el huerto
lo riego con mi sudor,
para cuidar liño a liño
esta cosecha de Amor
y postrarla ante tu Altar
-Jesús mío, viñador-
como ofertorio sagrado
de sangre, espiga y dolor;
mientras, te agradezco, Padre,
mi salud, tierra y terrón,
mi compañera y mis hijos,
la risa, el techo y el sol.

Pido, Señor, que tu lluvia
bendiga nuestra labor
y ruego, fervientemente,
que no roben mi ilusión:
¡Que no me echen del campo,
porque yo soy labrador!

Y así, el campesino no debe perder la fe y ha de poner sus ojos en su Patrón celestial para pedirle su intercepción ante el Creador del Mundo y la Naturaleza, rogándole ilumine a los dirigentes de cada momento en la responsabilidad de sus decisiones, para que éstas vayan encaminadas a un mejor desarrollo agrícola, con nuevos mercados y precios que dignifiquen el valor de los productos y del trabajo invertido.

¡El campo es la vida!, un país no puede ponerse de espaldas a su campo. Mucho menos el nuestro, eminentemente agrícola y ganadero.

San Isidro, que a través de nuestras oraciones puede erigirse en mediador, supo de la labranza y sus rigores, y en nuestra manifestación íntima y cristiana le rogaremos sea ministro que escuche las súplicas de lluvia, que bendiga las siembras y por el cual, a Dios, le sean ofrecidas nuestras recolecciones.

Guardacampos celestial
entre pipas y algodones,
de Pedrera al Bercial,
del Campillo hasta Rincones.

Queda el rancho a tu cuidado,
el ganado y el trigal
en día tan señalado
en que cruza el Gamonal

un aire de Meloneras
que recorre ochenta pagos
llevando carro y bandera
de amapola y jaramagos.

Tehigo, Las Lagunetas,
las Bizcas... solas quedaban,
y vienen en sus carretas
con querencia a la Almadraba

a celebrar en tu honor
la popular romería
con que abraza el labrador
al campo y la artesanía.

Mi hermandad hace camino
medio siglo, paso a paso,
desde el alba hasta los pinos
con retorno en el ocaso.

Sea nuestra Romería una festividad gozosa donde celebremos este regalo que se nos presenta para señalarnos el Camino, imitándole en su honradez, humildad y devoción; ¡gente campechana, hombres de palabra que aún firmáis un contrato con un apretón de manos!

Isidro nació en aquel Madrid mozárabe de 1082, y casó con María Toribia (a la postre venerada como Santa María de La Cabeza), con la que antes de decidirse al matrimonio, acudió a la oración, "que es el archivo de los aciertos, encomendando a Dios su destino".

Isidro, que fue jornalero agrícola, es un santo actual. Es un seglar casado y padre de familia, trabajador humilde como tantos de hoy. Los milagros que Dios obró en sus manos son secundarios. Isidro levantó su santidad sobre esencias evangélicas:

La oración, el trabajo y la caridad.

De la juventud de Isidro, su paisano el genial Lope nos dejaría -en el siglo de Oro de nuestras letras- esta quintilla:

"A la hacienda que tenía
iba Isidro cada día,
oyendo misa primero,
porque era Dios el lucero
con que Isidro amanecía."

San Isidro invocaba a Dios y le servía, mientras él ponía su trabajo y su fatiga. Conviene resaltar que el pueblo llano a través de ocho siglos, se ha quedado sólo con el "milagro de los ángeles con la yunta", haciéndole el trabajo al Santo Varón, mientras éste reza contemplativo, ahorrándose el esfuerzo. Su primer biógrafo afirma que la clara visión que experimentó el segundo año al que sirvió en aquellas tierras fue que "mientras Isidro araba, otras dos yuntas celestiales lo hacían con él, a derecha e izquierda, para ayudarlo", aunque el propio Labrador, en su humildad, negase el efecto extraordinario.

La Iglesia católica, tras el reconocimiento de 438 milagros de este Elegido, lo elevó a los altares ante los contrastados testimonios de su bonhomía y santidad, en 1622, ¡casi quinientos años después de su muerte! (Tanto como el que hace ahora que descubrimos América).

Me da a mí que pensar cómo y por dónde enviaron de Madrid a Roma el expediente de su beatificación. Si por entonces no lo mandarían en el serón de una burra y se perdió por los Pirineos. Las cosas de palacio, dicen que van despacio... ¡y tanto!, como la reforma agrícola.

Así, el campesino se viste de paciencia... Para sembrar el día adecuado, entresacar las matas, escardar la yerba, esperar la lluvia, esperar la lluvia, ver el lento crecer de la cosecha y recolectar finalmente, no cuando él lo desea, sino en el momento oportuno.

Cruz y Azada, entre la espiga y el laurel.

Cruz, día a día de tu trabajo, de tus desvelos, que tantas veces no son recompensados.

La Cruz, cristiano, de tu andar difícil cotidiano.
Azada, del campesino mimoso y preocupado por sus plantas.

Reminiscencias divinas de aquel mayeto amante, regador, besador de todas y cada una de sus tomateras y calabacines, que al final dejaba su espalda anquilosadamente encorvada tras una vida de amor a sus labores.

¡Dichosos los que laboran con Amor y sacrificio
porque de ellos será la Tierra de los Cielos!

Y de ti, sacrificada,
mujer de Rota campera,
con tu mirada de aliento
-hija, madre y compañera-

convertiste en palacio
la humildad de nuestra hacienda,
con margarita y geranio
desde el pocito a la puerta.
La vida pasó despacio
por la campiña y la huerta
desde tu choza de junco
con candil, sin luz eléctrica.
Fogón pobre de carbón,
con carrozos o con leña,
preparando con amor
menú sin cuento, a conciencia,
y aún quedaba siempre un plato
por si Dios viene a la mesa.

Hoy el tiempo no se atasca
en invierno o primavera
cruzando los Gamonales
de una linde a otra faena.
Bestia y yunta o maquinaria,
siempre sol, viento y arado,
hoy y ayer, eterno celo
por cosechas y el ganado.
Y el tiempo pasa... y no pasa
según quien quiera mirarlo.

¡Qué más puedo, San Isidro!,
hoy que soy tu pregonero,
decir del campo y tu vida
a éstos, mis padres y abuelos;
hombres curtidos de soles
y mujeres de desvelos
que han plantado sus semillas
con fe del milagro eterno
y guardan en sus doctrinas
del saber noble y campero
¡que la Oración en la Tierra
es abono para el Cielo!
Y el alma alondra se sube,
canta, baila, vuela y sueña,
¡que es fiesta llegando Mayo
por nuestra tierra roteña!

.o0o.

Cuarenta romerías, con ésta (D.m.) a la que nos preparamos con la alegría propia del Sur y ese espíritu de pueblo errante que peregrina en la tierra camino de una meta más allá del Ocaso. Más de medio siglo ya que hombres animosos fundaron la Hermandad y una Procesión que se enlazó a la Feria de Ganado, reducida ahora a una mera fiesta folclórica, muy alejada de la razón de su origen. Y hoy, tiempos difíciles cimbreados por vientos de indiferencia y consumismo, los que recogen el testigo tienen que pedir al

Señor que avive su llama de ilusión y entrega para seguir adelante empujando el Carro y ofrecer a su Patrón los Cultos y fiestas que le hagan honor. Y pasado mañana, domingo 15 de Mayo, día de su onomástica, volveremos gozosamente a comprobar que...

Humildemente, Patrón,
coges la puerta trasera,
aunque tu ejemplo merece
la más grande que existiera.

Como el que trae pergañas
de la tierra de labor
y coge la puerta falsa
pa' no ensuciar el portón.

Sales callado y sencillo
en tu carreta campera,
del lateral del cortijo
a una plazoleta o era,

pues sabes que Cristo dijo
que el último sobre la tierra
para Él sería el primero
en su gloriosa Pradera.

Pa' no uncir la yunta solo
un ángel tamborilero
toca diana a Garzolo
y Juan se hace carretero.

Y de la O, las campanas
trotan aires de alegría,
estrenando las ventanas
un sol nuevo en la bahía.

Despierta ya estaba Rota
con ilusión de romera,
medalla, faja y las botas
y a coger la carretera.

Cascos suenan por las calles
y una guitarra se afina
en carroza en gentil talle
que ha doblado por la esquina.

Parada la caravana
forma un corrillo ligero
que la mejor sevillana
se baila al son de pitero.

Detrás se queda mi pueblo
y su Capilla anhelante
mientras desborda el Cortejo
carreterita adelante.

Cruzan recinto ferial
a paso lento los bueyes,
buscando el Eucaliptal,
como lo mandan las leyes.

El sol galopa a caballo
aire de duna y resina,
y la barba de sus rayos
se peina en la arena fina.

Y a la sombra de los pinos
Cristo se hace pan moreno
como regalo divino
a su pueblo nazareno.

Con tu estandarte y divisa
-laurel y espiga de trigo-
pídele a Dios en la Misa
a que camine contigo.

Tu símbolo, cruz y azada,
sean ofertorio de amor,
con que alegre la mirada
San Isidro Labrador.

Para el pueblo campero roteño, esta Romería está tan entroncada en nuestra Villa como la Semana Santa y el Rosario.

No podríamos aceptar fácilmente la desaparición en el perfil roteño de la Torre de la Merced, del Castillo de Luna o de esta misma Parroquia Mayor, como tampoco la de nuestra tradicional y entrañable Romería, con nuestro Patrón, por ser la expresión más genuinamente roteña, que enraíza al campero de estas tierras con sus ancestros.

Y no me voy a alargar pues tenemos ya que irnos a preparar los canastos, los caballos, las carrozas...

Mas permítanme que al concluir emprenda el camino de vuelta en mi Romería...

Cuando el sol se eche cansado
del ajetreo de emociones,
se desgranen las carrozas
y se apaguen las canciones.

Cuando envuelva tu capilla
ese sagrado silencio
que al alma eleva del mundo
a la paz de sus adentros,

vendré a verte de los campos

a echar un rato de amigo
para hablarte mano a mano
de la escarda y de los trigos.

Inquietudes campesinas
de tus hermanos roteños,
de tu yunta a sus tractores,
de tu carreta a sus sueños.

Te pediré por mi Rota,
por sus familias camperas,
por aquellos dirigentes,
por la lluvia y la cosecha.

Y aprovechando mi adiós
quede un consejo patente:
Generoso este Patrón
sembró de ayuda a su gente
y allí por donde pasó
se percibía a Dios presente.

Por eso, buen labrador,
entre el arado y el tambor,
el Cielo te da un Ministro,
y quiere Dios tu oración
en manos de San Isidro.

---ooo0ooo---

¡Buenas noches!

